

GRIEGO ANTIGUO: MIGRACIONES Y DIALECTOS *

0. Cuando la Sociedad Española de Lingüística me hizo ponente en su XIX Simposio, propuse un título que es poco menos que querer poner puertas al campo. Me es imposible presentar con crítica suficiente toda la bibliografía de los últimos años y tengo la intención de pisar terrenos extralingüísticos; además consideré inconveniente en un Simposio abusar de los oyentes con artillería pesada y erudición menuda de ocupaciones minoritarias. En consecuencia, he optado por una actitud básicamente informativa, aunque daré cuenta crítica de algunas novedades y en algún punto me atreveré a dar mi opinión.

1. Se me acusará de impropiedad en cuanto declare que me he propuesto presentar los problemas de la indoeuropeización de la Hélade y de la articulación dialectal de la lengua griega considerando y combinando tres campos —Tradición Oral, Arqueología y Lingüística— que se pretenden, no sin razón, independientes y autosuficientes, aunque con limitaciones; pero también pueden ser combinables y complementarios, a costa de muchas dificultades y de mucha prudencia. La complementariedad no consistirá en que los conocimientos de un campo suplan los vacíos de los otros, sino en que la suma de conocimientos o de altas probabilidades de los tres nos dé una imagen total con mejor definición.

A fin de cuentas, desde siempre, confiésenlo o no, Lingüística Histórica e Historia de la Lengua han echado mano de datos de la Historia Social y ésta ha hecho otro tanto con datos lingüísticos. El problema se plantea, y grave, cuando la Lingüística se nos queda en labor de Re-

* Ponencia leída en el XIX Simposio de la SEL, Salamanca, 20 de diciembre de 1989.

construcción y la Historia se nos reduce a «piedras mudas» y a la tan singular y discutible Tradición Oral ¹.

2. En un momento en que la nueva Arqueología y Prehistoria hablan de «retreat from migrationism» y sus manuales poco o nada consideran conceptos como «migración», «invasión», etc., y, por supuesto, ni dan entrada a conceptos lingüísticos, indoeuropeo en concreto, nos parece que la migración todavía es concepto eficaz y sin mejor alternativa para explicar la indoeuropeización de la Hélade y el mapa étnico y dialectal subsiguiente al colapso de la Civilización Micénica ².

En efecto, la doctrina tradicional sigue hablando de inmigración, en singular o en plural, de gentes indoeuropeas para dar cuenta de la presencia en la Hélade de la lengua que en las tablillas micénicas ya está claramente perfilada como griega. Se añade la posibilidad de inmigración(es) para explicar el sustrato pregriego, pero aquí es muy de tener en cuenta la advertencia por Morpurgo ³ de que al menos parte de ese sustrato haya sido adquirido por los futuros griegos ⁴ en contactos y relaciones

¹ Negativa o reserva crítica al apoyo y a la síntesis interdisciplinares en, por ejemplo, Starr 1961, Evans 1970, Schnapp 1974, Weiler 1976, Morpurgo 1979. Actitudes más favorables en, por ejemplo, Desborough 1964, Vermeule 1964, Cook 1970, Hammond 1973 y 1976, etc.

Ejemplos de actitud máximamente favorable hacia la Tradición Oral y a darle crédito amplio para combinarla con otros campos: Zafiropulo 1964, Conte 1967, Sakellariou 1979, Brillante 1981, Schachermeyr 1983.

² *Retreat from Migrationism* es título de un trabajo de 1978 citado por Rouse 1986, XII. Manuales en los que «migración» no se considera o es algo muy secundario, Clark 1981, Champion et al. 1984.

Se han criticado (y autocriticado) con toda razón los excesos y simplismos del migracionismo, especialmente en el terreno indoeuropeo, pero el antimigracionismo también parece estar pecando de excesivo y de antihistórico, al menos para el ámbito prehistórico europeo: la experiencia histórica de migraciones parece extrapolable a lo prehistórico, e incluso aumentable, si tenemos en cuenta factores sociopolíticos y socioeconómicos en acción para promover o frenar movimientos de población.

Cf. Birchall y Crossland 1970, Crossland 1970, Hood 1979, Sakellariou 1979, etc.; pero también Evans 1970, French 1970, Renfrew 1970, Rouse 1986, Renfrew 1987, etc.

Para el caso griego, con rechazo expreso de las posiciones iniciales de Renfrew, cf. Morpurgo 1979, pág. 99.

³ Morpurgo 1979, págs. 108 ss., 121 ss.

⁴ En cuanto a formación del pueblo (y de la lengua) griego(s) sabemos y profesamos, con Myres, que «Greek was always in the process of becoming», pero esta concepción

extraheládicos y, por tanto, recortemos el gasto de inmigraciones pregriegas.

Aunque no sea nuestro tema, dejamos insinuado que el material indoeuropeo de sustrato que se plasma en topónimos difícilmente pudo haber sido adquirido por los futuros griegos fuera de la Hélade: la adopción de topónimos numerosos y que forman sistema sólo podría entenderse como un paso (¿avanzado?) en un proceso de asimilación lingüística —consecuencia de asimilación en otros órdenes— al que los futuros griegos no parecen haber estado sometidos. En cambio, no requiere explicación que los futuros griegos hayan mantenido la toponimia que encontraron en la Hélade.

Para el tránsito de la Civilización Micénica a la Hélade Arcaica la doctrina tradicional habla nada menos que de migraciones dórica y noroccidental, tesalia, beocia, eólica y jónica; la presencia griega en Chipre también podría acudir al concepto de migración. En definitiva, hemos de operar con movimientos y cambios de población como explicación cierta, pero parcial, del mapa dialectal histórico. No nos parece que el desciframiento de la Lineal B haya dado pie a negaciones o remodelaciones a fondo de las teorías tradicionales⁵.

En resumen, soplan vientos antimigracionistas, pero los helenistas todavía suponemos o discutimos un mínimo de media docena de migraciones en la Hélade prehistórica, es decir, desplazamientos de población con influencia clara en el mapa étnico, lingüístico y político-cultural de la Hélade histórica. En ésta tenemos también desplazamientos de población, pero que amplían, no alteran, el mapa postmicénico: me refiero a la colo-

dinámica no tiene por qué desembocar en negar o difuminar hitos concretos y básicos del proceso: sigue teniendo sentido preguntarse por el origen de los griegos.

A lo largo de estas páginas hablaremos de inmigración de griegos que traen la lengua griega a la Hélade: admítase el uso porque sabemos que esos inmigrantes no son otra cosa que antepasados muy remotos —y, sin duda, minoritarios— de los griegos; y sabemos que no hablan la lengua griega, pero sí traen el núcleo, tanto gramatical como léxico, de la que, tras multitud de evoluciones, adiciones, etc., será lengua griega.

En estas páginas acabaría en engorro inútil el querer ser precisos en cuanto a «proto-, pre-» y demás matices y tasaciones del material que en las tablillas micénicas ya no puede llamarse otra cosa que lengua griega.

⁵ No se acostumbra, en efecto, a hablar de migración chipriota, pero no sería errado hacerlo (cf. § 5). Para la implantación de la lengua griega en Chipre c. 1200-1050, cf. Sandars 1978, págs. 75 y 144 sobre la relevancia del material arqueológico para deducir aflujo notable de refugiados.

nización de Mediterráneo y Mar Negro; en cambio, el mapa postmicénico es ampliación y alteración del micénico por los desplazamientos de población que ahora revisaremos.

3. No podemos ni siquiera asomarnos a los problemas generales del método arqueológico y de sus implicaciones con lo lingüístico. Nos limitamos a insistir en que el caso griego no nos parece haber encontrado alternativa al modelo migracionista. Que yo sepa, no se ha propuesto, sin duda por inverosímil, un modelo difusionista, es decir, de que la lengua griega hubiera llegado a la Hélade por influjo o irradiación cultural desde fuera de ella, pero sin desplazamiento y cambio étnicos.

Con planteamiento claramente antimigracionista, Renfrew ha remodelado a fondo la «Indogermanenfrage» en libro polémico y de lectura agradecida a los muchos puntos en que nos hace reflexionar críticamente sobre la opinión establecida. Para nuestro caso interesa destacar que Renfrew sitúa la «Urheimat» en Anatolia y que la Hélade está indoeuropeizada ya antes de c. 6500. En Renfrew son sinónimos indoeuropeización y expansión de la agricultura ligada a la cría y explotación de animales domésticos —«Farming»—: la comunidad que practica este tipo de economía experimenta tal crecimiento demográfico que ha de expandirse y asimilar o arrinconar a otras con economías de menor nivel y desarrollo; pero la expansión no es en forma de migraciones, sino como una ola que avanza lenta pero imparable y c. 3500 ha cubierto toda Europa («wave of advance model») ⁶.

Son muchas las dudas y las sorpresas en la lectura de Renfrew. En el caso de la lengua griega el «model of indigenous development» no parece que dé cuenta satisfactoria de cuándo, cómo y por qué se producen los hechos que darán lugar a ese material masivo que venimos llamando sustrato pregriego, especialmente el que se refleja en topónimos ⁷.

⁶ Renfrew 1987 y ya 1970, con eco positivo en French 1970. Cf. nota 1.

⁷ La cantidad y cualidad de lo que llamamos sustrato pregriego no me parece muy compatible con la fecha tan alta que propone Renfrew para la indoeuropeización de la Hélade. Tampoco dejaría de ser problemático el tener que explicar parte de ese sustrato como postgriego.

Que la toponimia entre en el apartado de préstamo hay que probarlo con argumentos lingüísticos y extralingüísticos. La toponimia puede contener «fósiles» léxico-semánticos y morfológicos, pero no puede escapar a la evolución fonológica. Éstos y otros puntos habrán de ser revisados en confrontación de la cronología de Renfrew y la que podemos

Tampoco parece claro y convincente que en el mapa indoeuropeo sean contiguos desde siempre dos tipos tan distintos como el griego y el anatólico en área de evidentes contactos, continuidades e intercambios. De menor relieve es que, en el estado actual de nuestros conocimientos y conjeturas, la aparición de la agricultura en Creta c. 6000 no se acompañe de indoeuropeización, pues ésta no es segura hasta la ocupación micénica c. 1450.

Por otra parte, los métodos y los modelos de Renfrew pudieran volverse fácilmente contra él: si es válido ser antimigracionista argumentando que la expansión de técnicas y de artefactos no debe tomarse sin más como indicio del desplazamiento de las gentes que los tienen, también se puede sospechar que la difusión del «farming» tenga poco o nada que ver con expansiones étnica y lingüística: ya desde el primer momento es posible que esa difusión se haga por causas y por vías que en absoluto impliquen la difusión de un determinado tipo lingüístico: el caso de Creta podría ser ejemplar⁸.

En definitiva, la hipótesis total de Renfrew y su aplicación al caso griego están lejos de ser convincentes y han de encontrar fuertes reparos en los especialistas de las muchas disciplinas implicadas. Concluyo, pues, que a mi entender se nos propone una autoctonía —relativa, que no va más allá de c. 6500— para la lengua griega sin ventajas claras y decisivas sobre la hipótesis migracionista.

llamar tradicional: habrá que ver en qué medida la primera mantiene o remodela satisfactoriamente la secuencia de hechos a reconstruir para que la toponimia pregriega justifique la forma en que llega a documentársenos: pienso, por ejemplo, en el capítulo de evolución de o a silbantes, que también afecta a sustrato no toponímico. El traer a postgriego ese material toponímico y común que no se explicase con la cronología de Renfrew podría ser un desmentido de ésta porque ese material es masivo y no tendría otra explicación que la de una intrusión también masiva de gentes no griegas: volveríamos a donde estábamos, pero con los pregriegos como posteriores a los griegos...

⁸ Renfrew 1987. pág. 157: «To insist that the main plants and animals were imported to Europe is not, however, the same as to demonstrate that the early farmers were themselves immigrants. It is perfectly possible to argue that exchange systems between the local, mesolithic population and their farming neighbours could have provided the former both with the necessary domesticates and with the stimulus to use them». Los que no estamos en los entresijos del modelo podemos entender que la difusión del «farming» puede tener poco o nada que ver con lo lingüístico. Y ahí está el caso de Creta, con «farming» desde antes del sexto milenio y sin que hasta hoy se haya rastreado con éxito seguro en ella material indoeuropeo anterior a la conquista micénica.

4. Vuelto a ésta, señalemos que los prehistoriadores siguen vacilando y discrepando en cuanto a la identificación de la(s) inmigración(es) a la(s) que se asigne el asentamiento en la Hélade de la lengua que siglos después llamaremos griega. El método y el hilo argumental son bien conocidos: se postulará inmigración donde y cuando se reconozca ruptura cultural; no entro en detalles de si la ruptura se da con violencia, con destrucción total o parcial de lo establecido; ni en detalles de cómo se censa y valora la novedad —habitualmente son de atención especial la cerámica, las formas de asentamiento, las armas, los usos funerarios, etc.—; ni en que una de las discrepancias más frecuentes y perturbadoras esté en la datación de materiales con la consecuencia de negar o invertir el sentido del desplazamiento espacial de los objetos en estudio, que dejarán de ser novedad donde lo eran para serlo donde no lo eran: si tuviéramos tiempo y espacio, el debate sobre la cerámica minia podría ilustrarnos este complejo de dificultades.

Me limitaré, pues, a señalar que la mayoría de las hipótesis sobre la indoeuropeización de la Hélade se incardinan en la bien conocida de expansión de la tradición cultural de los *kurganes* y asignan a los inmigrantes procedencia balcano-danubiana y, en última instancia, pónica; son minoritarias las hipótesis de procedencia anatólica y no todas se incardinan en la expansión antes citada⁹.

Me atengo a los aspectos relevantes para la Lingüística y destaco los siguientes:

4.1. Parece que no hay argumento lingüístico seguro y determinante de singularidad o pluralidad de inmigraciones, de unas fechas o de otras.

Las fechas a considerar porque en ellas se advierten rupturas culturales significativas son todas de la Edad del Bronce: a) el tránsito del Heládico Primitivo II al III, c. 2300-2200; b) el tránsito del Heládico Primitivo al Medio, c. 2000-1900; c) el tránsito del Heládico Medio al Reciente, c. 1600, es decir, el esplendor inicial e inesperado de la Civilización Micénica. En las tres fechas la novedad cultural inicia y marca el período nombrado en segundo lugar.

Antes o en lugar de optar por singularidad o pluralidad de inmigraciones, habría que considerar la posibilidad de que, sin negar relieve a

⁹ Imposible resumir aquí opiniones. Lo más reciente y sobresaliente en cuanto a fecha, origen y ruta de inmigración(es) en van Royen e Isaac 1979, Sakellariou 1979, Gamkrelidze e Ivanov 1980, D'iakonov 1982, Gimbutas 1985 y Drews 1988.

las citadas rupturas culturales, el proceso inmigratorio haya sido tal que no tenga sentido plantearse esa opción: pudo haberse dado en forma de una larga infiltración en goteo de contingentes más o menos numerosos, con posibles intermitencias temporales, con comportamientos muy diferentes ante las comunidades autóctonas y por parte de éstas. Es decir, pudo haber sido un proceso largo, complejo, multiforme y en el cual, aun distinguiéndose fases de especial relieve, no tendría sentido hablar de pluralidad de inmigraciones. Tal vez sea útil recordar la «cumulative Celticity» de Hawkes ¹⁰.

Cualquiera que sea la opción sobre fecha y número de inmigraciones, ha de descartarse que la lengua griega resulte de la convergencia de dos o más corrientes indoeuropeas diferenciadas. En primer lugar, lo que sabemos o suponemos sustrato pregriego, de filiación indoeuropea o no, parece estar presente por igual en todos los dialectos históricos y no hay diferencias que autoricen a pensar en convergencia de corrientes de sustrato que sean síntoma de la convergencia que arriba hemos descartado. En segundo lugar, el Griego Común es una realidad bien definida, además de que sea comodidad o exigencia metódica de la comparación y la reconstrucción: para toda la lengua griega en todas sus variantes históricas se reconstruye un único y unitario sistema fonológico y morfológico como antecedente y es de resaltar que los hechos que caracterizan en exclusiva o muy marcadamente a la lengua griega dentro del conjunto indoeuropeo están presentes en todos sus dialectos. Más todavía: suponiendo que aquella convergencia hubiera sido determinante en el fraguado de la lengua griega, le ha seguido tal proceso de nivelación entre los componentes espaciales y sociales de ésta, que nos resulta irreconocible ¹¹.

4.2. Negar la pluralidad de inmigraciones porque habría supuesto la ruptura y la diferenciación del núcleo indoeuropeo de la futura lengua griega es una posibilidad, pero no una necesidad. Además de que necesitaríamos más y mejor información sobre cómo habría sido esa pluralidad

¹⁰ Hawkes, «Cumulative Celticity in pre-Roman Britain», *Études Celtiques* 13, 1973. Es bien sabido el uso amplio que Tovar ha hecho del modelo para los problemas de la penetración céltica en Hispania.

¹¹ Inventario de rasgos exclusivos o muy característicos de la lengua griega en Rix, *Historische Grammatik des Griechischen*, pág. 7, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1976; Palmer, *The Greek Language*, Londres, Faber and Faber, 1980, § 3. Frente a Rix, pág. 70, señalo que en la evolución característica *jV- > ζV- (*jυgóm > ζυγόν) no se ha de suponer *HjV-, sino explicar ζ- como posible interferencia 'minoica'.

para producir qué tipo de fragmentación de la comunidad y qué tipo de incomunicación entre las comunidades resultantes, ocurre que, aun dadas las circunstancias para la diferenciación lingüística, ésta p u e d e , pero n o t i e n e q u e producirse; y nada hay de predecible o necesario en cuanto a tasa, ritmo y resultados de los procesos de diferenciación. Por último, nuestra documentación está a tal distancia del proceso inmigratorio y ha pasado por tal calidad y cantidad de avatares que no me parece apoyo seguro para dirimir el número de inmigraciones y los procesos de diferenciación a que la pluralidad de éstas —y, obviamente, factores como la distancia temporal entre ellas— pudiera haber conducido. Queda, pues, en hipótesis que alguna de las diferencias dialectales de época histórica pueda deberse a pluralidad de inmigraciones. En cualquier caso esa pluralidad está hoy descartada como base significativa de la *Dialektgliederung* tanto prehistórica como histórica y podemos adelantar ya que lo que discutimos no afecta a si hubo o no hubo migración dórica.

4.3. Tampoco me parece argumento para optar por fecha alta o fecha baja el grado de diferenciación dialectal que se conoce y se reconstruye para la lengua en la Edad del Bronce. Una inmigración de fecha alta no me parece incompatible con una diferenciación dialectal escasa al cabo de varios siglos de asentamiento en la Hélade; la unidad cultural micénica podría explicar que la diferenciación dialectal haya sido entonces escasa aunque clara. Una vez más insistimos en que nuestra documentación está a suficiente distancia de los hechos que discutimos como para que admitamos que de bastantes de ellos —sean de convergencia, sean de divergencia— ya no tenemos huella alguna: sería bueno hacer memoria del corto latín que conoceríamos con la sola reconstrucción a partir de las lenguas románicas.

En última instancia, traer a fecha baja la(s) inmigración(es) por el argumento que hemos considerado podría no ser otra cosa que cambiar el escenario de los hechos, pero no éstos, y ponernos en situación de hacer todavía más ociosas y frágiles las hipótesis sobre la cuestión.

4.4. Hace tiempo que ha quebrado, pero todavía colea, el esquema de Kretschmer¹², según el cual las inmigraciones se equiparaban con las

¹² Kretschmer, *Einleitung in die Geschichte der griechischen Sprache*, Gotinga, 1896 (hay reimpr. de 1970) y «Sprache», T. I, 6 de *Einleitung in die Altertumswissenschaft*, edd. Gercke y Norden, Leipzig 1923, 3.^a ed. (Trad. de Fernández Ramírez y Fernández Galiano, *Introducción a la Lingüística griega y latina*, Madrid, CSIC, 1946). Además en *Glotta* 1, 1909.

estirpes y los dialectos: c. 2000-1900, los jonios; c. 1600, los aqueos (= eolios y gentes de habla arcado-chipriota); c. 1200, los dorios y noroccidentales. Pero trabajos de Porzig, Adrados, Ruipérez, Risch, etc.¹³, pusieron en entredicho el esquema al probar que el grueso de la diferenciación dialectal es de fecha postmicénica, de tal modo que hablar de dialectos jónico, eólico, etc., en la Edad del Bronce es anacrónico.

La lectura de las tablillas por Ventris y Chadwick vino a demostrar la incorrección del esquema kretschmeriano porque, contra lo que era de esperar, el griego escrito en ellas no es jónico, no es eólico, no tiene hilo directo de continuidad clara y exclusiva con ninguno de los dos¹⁴.

Con los ecos y flecos que todavía quedan de equiparar migraciones, estirpes y dialectos pueden hacerse dos cosas: una, recordar, con Chadwick¹⁵, que jónico, eólico, etc., pueden tener sentido étnico, pero no dialectal, en fecha micénica; o, si queremos darle sentido dialectal, habrá de ser con etiquetas diferentes y menos específicas (cf. § 9.4). Otra podría ser sorprenderse de que indoeuropeístas de la talla de Gamkrelidze e Ivanov hayan replanteado recientemente la *Indogermanenfrage* en términos inaceptables para el caso griego¹⁶.

¹³ Porzig, «Sprachgeographische Untersuchungen zu den altgriechischen Dialekten», *IF* 61, 1954 (pero trabajo terminado, al parecer, en 1945); Risch, «Die Gliederung der griechischen Dialekte in neuer Sicht», *MH* 12, 1955 (= *Kleine Schriften*, págs. 206-21); Adrados, *La dialectología griega como fuente para el estudio de las migraciones indoeuropeas en Grecia*, Salamanca 1952; Ruipérez, «Sobre la prehistoria de los dialectos griegos», *Emerita* 21, 1954.

Sobre la evolución de los estudios de Dialectología Griega: López Eire 1976, 1977 y «Panorama actual de la Dialectología Griega», *EC* 12 (54), 1968; Moralejo, Juan, *Recent Contributions to the History of the Greek Dialects*, Santiago 1978, y «Problemas actuales de la Dialectología Griega» en *Estudios metodológicos sobre la lengua griega*, ed. Fernández Delgado, Cáceres, ICE, 1983; Bile-Brixhe-Hodot, «Les dialectes grecs, ces inconnus», *BSL* 89, 1984; Adrados, «La dialectología griega», *Actualización científica en Filología Griega*, ed. A. Martínez, Madrid, ICEUM, 1984, págs. 219-237.

¹⁴ Aquí he de señalar que tengo mis fuertes reservas a un grupo aqueo que englobe a eólico, arcado-chipriota y micénico; creo que los antecedentes del eólico son septentrionales (cf. § 9.4 ss.). Por otra parte, *aqueo* es término de molesta ambigüedad para filólogos y lingüistas: en Dialectología mejor sería dejarlo definitivamente de lado.

¹⁵ Chadwick 1970, pág. 814. Ecos y flecos de equiparar migración / estirpe / dialecto en, por ejemplo, Conte 1967, Georgiev 1970, Hammond 1970, 1972 (a), 1973 y 1976, Gamkrelidze e Ivanov 1980.

¹⁶ Gamkrelidze e Ivanov 1980. Es lástima que no nos detallen los rasgos que c. 1500 ya diferenciaban arcadio, jónico y eólico. El detalle habría de tener más peso y actualidad que el tratamiento que hacen de temas como Mileto o Aḥḥijāva.

Inaceptables lingüísticamente porque suponen que la diferenciación en Griego Oriental y Griego Occidental se produce en Asia Menor y nada menos que en el tránsito del tercero al segundo milenio: esto nos parece improbable; nos parece inaceptable que c. 1500 arcadio, jónico y eólico sean ya entidades diferenciadas dentro del Griego Oriental y que el eólico se incluya en éste. Además es inaceptable arqueológicamente que las colonias griegas de Asia Menor, y Mileto en especial, sean «very early settlements» de los griegos en la ruta que los trajo a la Hélade. Creo que D'iakonov¹⁷ ha hecho buena crítica de éstos y de otros puntos incomprensibles o improbables de la hipótesis de Gamkrelidze e Ivanov.

4.5. De conjeturas y argumentos lingüísticos recientes me limitaré a otros dos que me parecen de interés y curiosidad.

4.5.1. Sakellariou¹⁸ ha combinado la revisión de material arqueológico con argumentos lingüísticos, en especial su crítica de la opinión tradicional de que Δαναός y Δαναοί son de origen semítico e indican asentamiento de población semita en la Hélade.

Nos sugiere que el teónimo Δαναός, del que deriva el étnico Δαναοί, contiene la raíz *dan- 'agua, río', cf. ved. y av. *danu*, oseta *don* 'río', cf. hidrónimos tan conocidos como *Danuuius*, *Danastris (Dniestr)*, *Danapris (Dniepr)*, etc.; esta etimología se hace recordando la conexión de Dánao y las Danaides con el agua, los ríos, los pozos, los riegos, la lluvia y los rituales de fertilidad.

Se concluye que los dánaos, «or at least a large part of them», portadores de la lengua protogriega, tienen origen pónico, pertenecen a la tradición cultural de los *kurganes* y llegan a la Hélade en la transición del Heládico Primitivo al Medio, c. 2000-1900.

No invalida y ni siquiera critica esta hipótesis el reparar en que Δαναοί no tiene vocalismo griego, sino de tipo indo-iranio: estaríamos ante uno de tantos casos en que un pueblo es conocido, no con el nombre que se da, sino con el que le dan sus vecinos. Tampoco discutiré en este caso concreto que los mitos y las tradiciones sean fiables y utilizables tal como hace Sakellariou.

4.5.2. Desde siempre han sido muchos los que han equiparado la eclosión de la Civilización Micénica —c. 1600, tránsito del Heládico Me-

¹⁷ D'iakonov 1982. Me parece en general acertado en su crítica de las conexiones mitológicas, folklóricas, etc., entre Hélade y Anatolia que Gamkrelidze e Ivanov añaden a los argumentos lingüísticos y arqueológicos.

¹⁸ Sakellariou 1979.

dio al Reciente— con la inmigración que trae a la Hélade la lengua griega. No vamos a la eterna cuestión de si el inesperable esplendor micénico es ruptura y novedad cultural que postule inmigración o es continuidad en la evolución que nos la ahorre ¹⁹, sino a los argumentos lingüísticos implicados en la cuestión: Drews en 1988 ha vuelto al argumento del carro de guerra —*chariot*— como decisivo de que los señores micénicos de los Círculos A y B de tumbas, etc., son los primeros griegos. Ya Wyatt ²⁰ había argumentado que el léxico totalmente indoeuropeo y griego del carro hacía suponer que los inmigrantes indoeuropeos futuros griegos conocían el carro y entraron en la Hélade con él. Ahora Drews retoma el argumento y, frente a la importancia que la Arqueología tradicional da a la cerámica para identificar y fechar inmigrantes, arguye que los señores micénicos eran «charioteers», no «potters»: la cerámica sería ocupación de la población sometida, con reflejo en que su léxico sea pregriego no indoeuropeo.

Creo que en una novedad cultural y técnica tan importante como el carro de guerra el argumento léxico es importante. Quienes, como Schachermeyr ²¹, entienden que el carro fue conocido por los micénicos en o a través de Egipto (y Siria), deberían reparar en que un préstamo técnico de ese calibre tendría que haberse acompañado y avalado con préstamo léxico, que no parece haberse dado ²². Por esta vía, no me parece probable el origen egipcio del carro micénico. Por otra parte, que el carro haya sido llevado a la Hélade desde Egipto por los hiksos parece que está desmentido por la Cronología. Todo esto no deja de tener incidencia negativa sobre algunas hipótesis relativas a Dánao y que, lo mismo que

¹⁹ Entre lo reciente, van Royen e Isaac 1979 optan por inmigración después de un buen análisis de continuidad / discontinuidad de ocupación en un crecido número de asentamientos. Opinión contraria en Clark 1981. Inmigración griega en Drews 1988, con revisión en págs. 8 ss. de opiniones sobre número y fecha de inmigraciones.

²⁰ Wyatt, «The Indo-Europeanization of Greece» en *Indoeuropean and Indoeuropeans*, edd. Cardona, Hoenigswald, Senn, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1970.

Sobre la filiación pregriega no indoeuropea del léxico de la cerámica cf. los diccionarios etimológicos de Chantraine y Frisk *s. u.* κέραμος ἀρύβαλλος, λήκυθος, κάλπις, κύλιξ, λέβης, κώθων, σκύφος, ... todas con seguridad o alta sospecha de ser de sustrato no indoeuropeo.

²¹ Schachermeyr 1967, págs. 304 ss., 1983, pág. 115; Stubbings 1963, pág. 9 ss.

²² Cf. el trabajo de Wyatt citado en nota 20. Aunque sea ocioso dar paralelos, recuérdese que la novedad del automóvil nos vino con las léxicas *chófer*, *garaje*, *ralentí*, *carter*, *starter*, *claxon*, ...

otras acerca de Pélope y Cadmo, no discutiremos porque no afectan a nuestro tema ²³.

4.6. Y hasta aquí lo relativo a la indoeuropeización de la Hélade. En el terreno de la argumentación y de las hipótesis el modelo migracionista no parece haber encontrado sustituto con mejor rentabilidad hermenéutica. No parece haber argumento lingüístico concluyente sobre número y fecha de inmigraciones. En cualquier caso, distinguir inmigraciones ya no es poner los cimientos de la «Dialektgliederung» histórica tal como la conocemos y en los antecedentes que le reconstruimos.

En el terreno de los datos ciertos y sin adherencias de ningún tipo lo que tenemos es que en el palacio cretense de Cnoso se habla y escribe la lengua griega c. 1370 ²⁴. Esto nos basta para que nos hayamos ahorrado presentar las hipótesis que retrasan la presencia de la lengua griega en la Hélade hasta la crisis de la Civilización Micénica, es decir, hasta c. 1200 en adelante. De la radical inutilidad de negar que es griega la lengua de las tablillas micénicas ni nos hacemos eco ²⁵.

5. Para lo ocurrido entre el colapso micénico y el s. VIII —Homero, primeras inscripciones alfabéticas— la explicación tradicional también es migracionista y se apoya en datos e hipótesis de la Arqueología y en lo que cree depurable como verdad histórica en la Tradición Oral, además de que para el lingüista sus métodos y sus datos sean lo esencial.

²³ Sobre Pélope, cf. Schachermeyr 1967, pág. 304 ss.; 1983, págs. 152 y 176 ss.; muy escéptico Schachermeyr 1983, pág. 225 ss. sobre Cadmo: nos recuerda aquello de que, si todo mito necesita una imagen, también una imagen puede necesitar un mito.

Para Dánao, Pélope, Cadmo, etc., cf. Zafiropulo 1964, Brillante 1981, Stubbings 1963. Aun admitiendo las hipótesis sobre su historicidad y que hubieran sido, por ejemplo, *streitwagenkundige Ritter* (Schachermeyr 1967) creadores de «dinastías», de momento podemos tenerlos por irrelevantes desde el punto de vista lingüístico, incluida la penetración de semitismos en griego.

²⁴ Seguimos a Godart 1983.

²⁵ Hampl, «Die Chronologie der Einwanderung der griechischen Stämme und das Problem der Nationalität der Träger der mykenischen Kultur», *MH* 17, 1960; Hood, «Arguments for the Arrival of the First Non-Dorian Greeks in Southern Greece c. 1200 B. C.», *Acta Athens*; en Hood 1979 se reconocen dos inmigraciones en la conclusión del Heládico Primitivo, pero nada se dice de que traigan a la Hélade la lengua griega. Rubinson 1975 (a confrontar con Hooker 1979), Grumach, «The Coming of the Greeks», *Bulletin of the John Rylands Library* 52, 1970.

Es lástima que Bengtson 1978, tan crítico con los negadores de la migración dórica, siga ignorando el éxito de Ventris y Chadwick.

Por supuesto que el modelo migracionista tradicional no tiene ningún valor absoluto en los datos y argumentos de que dispone y no deja de tener lagunas y problemas graves. Admite alternativas, pero hasta hoy no parece que se las pueda obtener del estudio lingüístico de las tablillas ni del balance arqueológico: al menos, no se obtienen esas alternativas con la claridad suficiente para que arrinconemos la tradicional.

Son bien conocidas las líneas esenciales de la cuestión: en Beocia, Creta y Peloponeso se nos documentan en época histórica dialectos claramente distintos al que teníamos en las tablillas de Tebas, Micenas, Tirinto, Pilo y Cnoso: en época histórica tenemos ahí dialectos dóricos o con un fuerte componente occidental y que de ningún modo pueden ser derivación o continuación del micénico²⁶. Por su parte, la Tradición Oral nos ha dejado en Tirteo, Píndaro, Heródoto, Tucídides, Isócrates, etc.²⁷, el recuerdo de la *κάθοδος τῶν Ἡρακλειδῶν* o «Retorno de los Heraclidas» y de otros hechos que pueden traducirse a que Tesalia, Beocia, Peloponeso, Creta, área meridional del Egeo y costa sudoccidental de Asia Menor han recibido la inmigración y expansión de gentes del norte y del noroeste con hablas occidentales claramente distintas de la micénica, de la jónico-ática y de la arcado-chipriota.

Puede verse, pues, que tras el colapso de la Civilización Micénica la Hélade sufrió un profundo reajuste de sus comunidades y de su mapa dialectal: pueden combinarse Dialectología y Tradición Oral —y no faltará el apoyo arqueológico— para ver que Arcadia es en el Peloponeso un reducto no alcanzado por la inmigración de dorios y noroccidentales; Chipre es área de refugiados micénicos y de ahí sus afinidades dialectales

²⁶ Sobre la alteración de la situación lingüística cf., por ejemplo, Risch 1963, 1979 y 1983; Finley 1970, pág. 111; Snodgrass 1971, pág. 299; Hammond 1972(b); Hooker 1977, pág. 163 y 1980, pág. 44; Bartoněk 1970; Willetts 1977; Panagl 1980; Hainsworth 1982; Crossland 1983; Drews 1988.

Podría explicarse el conjunto de problemas dialectológicos sin acudir a migraciones (cf. Hainsworth 1982, 858), pero parece un tanto excesivo que las migraciones sean para el dialectólogo «a positive embarrassment» (Baumbach 1980).

²⁷ Me permito seleccionar: a) para las fuentes literarias, Hammond 1972(b), Hooker 1977, López Eire 1978, Musti 1983(b) y Schachermeyr 1983; b) para la migración de dorios y noroccidentales: Kiechle 1966, Snodgrass 1971, Desborough 1972, Hammond 1976, Cartledge 1979, Dobesch 1980, Kirsten 1980, Murray 1980, Schachermeyr 1983, Drews 1988; c) para otros movimientos: Cook 1970, Snodgrass 1971, Desborough 1972, Deger-Jalkotzy 1977 y 1980, Buck 1979, Bankoff y Winter 1984; d) para la expansión dórica a Creta, etc.: Willetts 1977, Craik 1980, Godart 1983, Drews 1988.

con Arcadia; el Ática también parece haber resistido con cierto éxito el reajuste y de ahí puede haber surgido la conciencia de autoctonía de los áticos de época histórica ²⁸. Parte esencial del reajuste son las llamadas migraciones eólica y jónica a las islas del Egeo y costas de Asia Menor: parecen estar motivadas por la de los dorios y por las que trajeron a tesalios y beocios hasta sus asentamientos históricos.

Tal vez parezcamos migracionistas en exceso y por ello hemos de advertir que de todos esos movimientos de población nos hacemos cualquier representación que no sea el cromo simplista de los «bárbaros» masacrando o poniendo en éxodo masivo a los «invadidos», aunque no se excluya que puntualmente ese cromo pueda haber sido realidad; nunca llamaremos «invasión» a la migración dórica, pero sospechamos que más de uno haya visto y sufrido como invasión esa migración. Permítanos Renfrew ²⁹ poner mano en su terminología para suponer que en la Hélade micénica hay «system collapse» que dorios y otros aprovechan para moverse desde la periferia a áreas centrales en las que llegarán a ser dominantes —quizás «élite dominance model»— y provocarán «constrained population displacements», es decir, lo que tanto podemos llamar migra-

²⁸ Cf., por ejemplo, Sourvinou-Inwood 1970, Desborough 1972, Hooker 1977 y Buck 1979 sobre la relativa tranquilidad e integridad del Ática en medio de la crisis desencadenada a partir de c. 1200, así como sobre su función de área de refugio; todo esto parece tener buen reflejo en tradiciones y bástenos con recordar Tuc. I, 5-6. Tampoco faltan razones para que los arcadios se tuviesen por «anteriores a la luna», προσέληνοι, cf. Plut. 2.282a.

En definitiva, la memoria colectiva de los griegos históricos nada recuerda de «orígenes» y no se remonta más allá de lo micénico tardío (cf. Zafiropulo 1964, pág. 27 ss.).

²⁹ Cf. Renfrew 1987, págs. 120-44. Para lo ocurrido tras el colapso micénico tal vez sea insuficiente su formulación, pág. 176, «some boundary displacements in border areas, but there is no need to suggest anything more radical». Sugiero el «élite dominance model» porque me parece válido y explicativo aquí: para áreas que por un complejo de causas entran en vacío de poder, depresión económica y descenso demográfico no hay necesidad de recurrir a inmigraciones masivas para explicar que sus integrantes se impongan en todos los órdenes. El modelo puede tal vez apoyarse en lo que fue el talante y el comportamiento de los dorios ante la población preexistente: ellos y los tesalios son los únicos que «helotizan» a esa población, actúan (cf. Schachermeyr 1983, pág. 196) con «eine rücksichtslosere Intoleranz gegenüber den Unterworfenen».

El argumento de que era imposible una inmigración masiva y de que habría tenido que serlo para que las hablas occidentales se impusieran está en Chadwick 1975, pág. 115; 1976(a), págs. 105 ss.; 1976 (b), pág. 192. Otras consideraciones sobre el número de inmigrantes en Zafiropulo 1964, Renfrew 1970, Tritsch 1970, Greenhalgh 1978, Sandars 1978, Dobesch 1983, Kirsten 1983. Cf. nota 45.

ciones como movimientos de refugiados. Como reflejo de la complejidad del conjunto de los hechos podrían servirnos estas palabras de Snodgrass ³⁰ relativas a las migraciones eólica y jónica subsiguientes a la segunda oleada de destrucciones que afectó a los centros micénicos: «The Aegean world must have undergone a further wave of convulsions, with a few scattered outbreaks of violence, but with a much more widespread tendency simply to desert one's home for a final destination which, to judge from evidence, may in some cases only have been reached by one's descendants several generations later».

Por otra parte, hacemos énfasis en que todos esos movimientos de población no son más que un prerrequisito parcial de cómo va a ser el mapa dialectal histórico. Decía Buck ³¹ de la migración dórica que, si no tuviésemos noticia de ella, tendríamos que inventarla: conocerla y admitirla supone economía de hipótesis y de argumentos; sin ella no es imposible, pero sí más difícil, explicar la inversión lingüística que ya señalamos y explicar la diglosia que habría que admitir para fecha micénica al menos en Peloponeso y Creta.

6. Hemos dicho que atendemos a la Tradición Oral y nos sentimos obligados a hacernos unas reflexiones de justificación de nuestro proceder. Sabemos que la Tradición Oral es un proceso largo y complejo de silencios y de énfasis, de manipulaciones y de deformaciones de hechos según que la comunidad los juzgue memorables o no, memorables en su totalidad o parcialmente, memorables con tales o cuales fines. Memorables, en fin, no sólo porque la comunidad valore la experiencia pasada, sino también porque desde ella quiere entender, justificar y programar el presente y el futuro. Pero que la memoria colectiva sea selectiva y que sirva a fines de propaganda y reivindicación no concluye que sean esos fines los que explican su existencia ni que estemos ante una pura y simple ficción de hechos, pues en la colectividad no dejaría de ponerse en evidencia esa ficción pura y simple que, con pretensiones de presente y de futuro, hiciese una parte frente a otra y no faltarían versiones de los hechos para anular o contrarrestar la versión que fuese descarada y total distorsión de los mismos.

³⁰ Snodgrass 1971, pág. 316.

³¹ Buck, *CP* 21, 1, 1926, pág. 18, «... a situation to explain which, even if there were no tradition of a Doric invasion, such a movement would have to be assumed».

Sabemos también que en la Tradición Oral hay manipulaciones, digamos que bienintencionadas en ocasiones, para eliminar incoherencias, vacíos temporales, etc., y para «racionalizar» los hechos; en líneas generales no parece difícil eliminar esas manipulaciones y reconducir las tradiciones a sus contenidos más o menos originarios y fiables. Pero hacer crítica de la Tradición Oral porque no cumple con los requisitos de veracidad, coherencia y rigor documental y cronológico que exigimos a Heródoto o a Tucídides puede ser tan ingenuo como elevar esa Tradición a tal entidad que Heracles o Néstor tengan la misma historicidad que Pericles o Alejandro. La Tradición Oral es Historia a su manera, tiene un fondo de historicidad que, con dificultades y cautelas, puede ser recuperable y utilizable. La ingenuidad acrítica de hacer lectura histórica de mitos se da la mano con la hipercrítica de hacer lectura mítica de historias.

Aun los más críticos ante la Tradición Oral no dejan de reconocer que en ella pueda discernirse y aprovecharse una huella o un hilo de historicidad³². Creo, con Guillon³³, que, pese a las muchas dificultades en la labor de valorar y expurgar la Tradición,

...il n'est pas légitime de nous résigner à une obscurité totale là où nous pouvons mettre a profit quelques lueurs

y, sobre todo, concuerdo con Musti³⁴ en que

chi ricusa in blocco la tradizione, fondamentalemente coerente e costante, dei Greci sulle proprie origini, rischia di trasformare, forse inavvertitamente, la cultura greca in una «cultura del falso»: il che è francamente inammissibile.

En cuanto a la tradición del «Retorno de los Heraclidas» se ha hecho notar que su documentación es satisfactoriamente antigua y coherente³⁵; su historicidad puede reducirse a que los do-

³² Cf., por ejemplo, Starr 1961, trad. 1964, pág. 45 ss., pero también pág. 58 ss.; Kiechle 1966, pág. 493 ss.; Sandars 1978, pág. 185; Buck 1979, pág. 55; Murray 1980, pág. 13.

³³ Citado por Kiechle 1966, pág. 496.

³⁴ Musti 1983(a) XVII.

³⁵ Musti 1983(a) y (b). Alusión a la imposibilidad o inverosimilitud de que la manipulación o distorsión de los hechos llegue en el «Retorno de los Heraclidas» a la ficción total o a ignorar o desfigurar los hechos básicos y reales: Greenhalgh 1978, Cartledge 1979, Brillante 1981, Drews 1988, etc.

rios son inmigrantes en el Peloponeso post-micénico y proceden del N. y NO. de la Hélade. Esta tradición puede completarse con otras y con datos de otro tipo ³⁶, además de que sea llamativo y tal vez significativo que los dorios y su dialecto sean los grandes ausentes del mundo homérico, excepción hecha de un par de pasajes a discutir ³⁷. Y el mundo homérico tiene una clara raíz micénica.

Por último, nos resulta sorprendente que las nuevas hipótesis sobre los dorios nos digan que la Tradición Oral no es fiable y así nieguen la migración dórica, pero luego echen mano de esa misma Tradición para reinterpretarla a conveniencia de sus especulaciones sobre los dorios como posible clase inferior en la sociedad micénica ³⁸. No entiendo muy bien cómo y por qué los dorios habrían recurrido a la ficción de inmigrantes conquistadores del Peloponeso, si podían justificar su dominio como consecuencia y premio de su levantamiento contra la clase dominante. Tal vez no nos faltarían tradiciones relativas a ese levantamiento, si hubiera sido real, pero lo cierto es que, salvo interpretación peculiar nuestra, no hay tradición de los dorios como proletariado micénico con éxito revolucionario y solamente contamos con una tradición cuya historicidad hemos subrayado en el párrafo anterior ³⁹.

7. En el apartado de la Arqueología apenas podremos detenernos y nos remitimos a Bouzek 1980, Cartledge 1979, Deger-Jalkotzy 1980,

³⁶ Me refiero a tradiciones, datos toponímicos, etc., que pueden verse en Hammond 1972(b), 1973 y 1976, Syriopoulos 1972, Willetts 1977, Schachermeyr 1983, Drews 1988, etc.

³⁷ Para dorios en Creta (*Od.* XIX, 177) y Heraclidas en Rodas (*Il.* II, 653-70, «Catálogo de las naves») me remito a Stubbings 1963, Cook 1970, Willetts 1977, Craik 1980, Godart 1983, Musti 1983(b), Schachermeyr 1983, Drews 1988.

Entiendo que dorios en Creta y Heraclidas en Rodas son cuestiones distintas y necesariamente separables; en todo caso no me parecen apoyo significativo a la negación de la migración dórica.

³⁸ Cf. Chadwick 1975, 1976(a), (b) y (c); Hooker 1977; Thomas 1978 y 1980; Baumbach 1980.

³⁹ Adviértase bien que nos hemos reducido a que los dorios son inmigrantes en el Peloponeso y proceden del N. y NO. de la Hélade. No nos interesa discutir sus posibles rutas terrestres y marítimas, el papel de la Dóride, la conexión de dorios y Heraclidas, el problema del reparto de las tierras ocupadas, etc.: en todo ello puede y debe haber también algo de verdad histórica y con posibles apoyos arqueológicos, pero también habrá mucho de «prodigy and fable» (Gibbon) y de «Plumpheit» (Schachermeyr) para ilustrar y justificar el presente desde el pasado.

Hammond 1976, Hiller 1983, Kirsten 1980, Schachermeyr 1980 y 1983, etc., para que no se tenga por cierta y definitiva la afirmación de que la migración dórica no es reconocible arqueológicamente: hoy ya no se argumenta sobre puntos como la cremación o el hierro, descartados de ser novedad atribuible a los dorios, pero todavía no se ha cerrado la discusión sobre ciertas formas de cerámica, enterramientos y habitación, armas, etc. Además, en éstos y en otros autores sigue en pie la posibilidad de que la migración dórica no haya dejado rastro arqueológico por razones varias, lo cual tendría paralelos y avales prehistóricos e históricos ⁴⁰.

Y, sobre todo, me remito a Dobesch 1980, Hammond 1976, Kirsten 1980, Schachermeyr 1983, etc., para la nueva presentación de la migración dórica como una «infiltración» —«Einsickern»— lenta y larga de nómadas o trashumantes en el área, urbana y sedentaria, de la Civilización Micénica desde las marginales o limítrofes con ella; el proceso parece tener el aval de documentarse repetidamente en el mismo ámbito y en fechas incluso contemporáneas otros muy similares.

Sin que se descarte el protagonismo dorio en alguno de los episodios de violencia y destrucción que jalonan la decadencia de la Civilización Micénica, parece ser que hoy la línea esencial del debate no está en afirmar o en negar que los dorios hayan sido sus destructores, papel que la Tradición no parece haberles asignado ⁴¹. Ya vimos en § 5 que muy

⁴⁰ No tengo criterio para terciar entre arqueólogos y me limito a notar que no es seguro que «the coming of the Dorians is, archaeologically speaking, a non-event» (Chadwick 1976(a), pág. 104) y que en las nuevas interpretaciones de la inmigración el silencio o la escasez de rastro arqueológico puede no tener valor para negarla: «History records the rapid and violent shifts of population, it does not record slower movements, as when, for instance, a people used to mountain living and transhumance give this up life in the plains and valleys. Brandel states as a general rule it takes between 100 and 200 years for the plains to absorb as many waves of immigrants from the mountains as it can use» (Sandars 1978, pág. 27). Cf. además BAMA, pág. 315 ss., Cartledge 1979, Murray 1980, etc.

⁴¹ Los dorios como invasores violentos y destructores de la Civilización Micénica todavía en Dow 1960, Stubbings 1970, Greenhalgh 1978, etc. En otros autores se considera la posibilidad de episodios singulares de agresión dórica y es opinión común que los dorios más bien aprovechan la crisis producida por un escalonamiento de causas variadas e interrelacionadas. Para los dorios como «lower class» en revuelta contra sus señores, abriendo ellos la crisis o aprovechando que ya está desencadenada, cf. Chadwick 1975, 1976(a), (b) y (c), Hooker 1977 y 1979, Thomas 1978 y 1980, Baumbach 1980. Pero en Chadwick 1983 los dorios resultan ser gentes del Pindo que acompañan a los Heraclidas y en el Peloponeso se helenizan. En Dietrich 1987, pág. 497 hay mera citación de Chadwick y Hooker tras concluir que «All dies will nicht heissen, dass man die Auffassung von den Dorern als

probablemente los dorios y demás inmigrantes aprovechan una crisis que parece debida a interacción compleja de causas humanas y naturales muy diversas⁴². El modelo que seguimos no excluye la presencia temprana de dorios en el Peloponeso y en otras áreas meridionales antes de la citada crisis —infiltración de grupos, individuos que son mercenarios o mano de obra, etc.—, pero esa presencia no es detectable con seguridad en las tablillas, no excluye que los dorios hayan sido inmigrantes y no nos explica ni nos ahorra el largo y complejo reajuste postmicénico que estamos considerando.

Voluntariamente dejamos de lado el análisis de las radicales diferencias de orden cultural —con «cultural» en su sentido más amplio— entre el mundo micénico y el dórico que le sucede. También en este apartado podría haber datos claros para suponer novedad cultural por novedad de población, pero preferimos no buscar en este terreno ni argumento ni indicio favorable a nuestras posiciones⁴³.

En conclusión, si la Arqueología no está en condiciones de rastrear y afirmar tajantemente la realidad de la migración dórica, aún lo está menos en condiciones de negarla y de apoyar a quienes la niegan por otras vías.

einem aufrührerischen Element am Ende des 2. Jts. v. Chr. prinzipiell ablehnen müsste; nur stimmt das Bild von den fremländischen Invasoren im Grunde nicht». Pero para «Invasoren» cf. nuestra opción en § 5; para el calificativo de «fremd» cf. § 8.1 y 9.2.

⁴² De la bibliografía posterior a 1975 me permito destacar Betancourt 1976, Hooker 1977, Sandars 1978, Cartledge 1979, Kilian 1983, Hiller 1983, Schachermeyr 1983, Dobesch 1980, Kirsten 1980, Deger-Jalkotzy 1980. Interesa resaltar que negar la migración dórica porque los dorios no son los invasores que arrasan la Civilización Micénica es ya lanzada a moro muerto.

Las distancias espaciales y temporales entre los episodios de violencia y destrucción, la polivalencia o la ausencia de testimonio arqueológico, los hechos de evidente continuidad a lo largo de la crisis, la maraña de tradiciones más o menos fiables, etc., excluyen terminantemente que el colapso micénico tenga causa simple y única, sea cual sea su naturaleza.

⁴³ Véanse todos los títulos de *Origini, Parte terza* y Willetts 1977, Cartledge 1979, Craik 1980, Hooker 1980, Kirsten 1980, Murray 1980, Musti 1983(b), Schachermeyr 1983.

La imagen que de la Cultura Micénica nos dan sus tablillas nada dice de que los dorios estuvieran dentro o fuera de ella. Tal vez la novedad cultural dórica tenga relieve como para apoyar la novedad étnica, pero es terreno muy difícil éste: somos reacios a admitir la diglosia que Chadwick nos propone para la Cultura Micénica, pero no lo seríamos a admitir en ella la convivencia de formas culturales e institucionales muy divergentes y con dominio de una sobre otra.

No entramos siquiera en valoraciones de lo dórico al estilo de Dow 1960, pág. 26; Starr 1961, trad, pág. 64 ss.; Schachermeyr 1983, pág. 335 ss.

8. En la discusión estrictamente dialectológica intentaremos ser muy concisos. He aquí los puntos que estimamos de mayor interés:

8.1. No se niega la migración dórica con el argumento de que los dorios y demás griegos occidentales habrían estado separados durante varios siglos del resto de los griegos, lo cual tendría que traducirse en una diferenciación lingüística que no se nos documenta.

Discrepo de ese argumento porque a las consideraciones hechas en § 4.2 sobre la naturaleza de los procesos de diferenciación lingüística he de añadir que no veo argumento arqueológico, obtenido de la Tradición Oral o lingüístico para concluir que la migración dórica haya sido *d e s d e f u e r a* del *continuum* lingüístico griego y haya supuesto el *r e e n c u e n t r o* de los dorios con los demás helenos. Éste y los demás movimientos de población postmicénicos son, usando la expresión de Snodgrass⁴⁴, «internal affairs». En varios lingüistas e historiadores está explícita la opinión de que los griegos occidentales antes de su migración tenían contacto con los de las áreas de cultura micénica: con Bartoněk⁴⁵

we believe ... that we shall not be far wrong if we assume that the Doric-speaking territory in the north-west of Greece was not extensive and that it was not without contact with the Mycenaean region.

8.2. Es también opinión muy extendida la de que el mapa dialectal postmicénico no se explica sin cambios y movimientos de población (cf. § 5). La estrecha afinidad de arcadio y chipriota, pese a estar tan alejados y separados por dialectos dóricos, la separación de los dialectos eólicos por dialectos noroccidentales y jónicos, las fronteras tan marcadas del

⁴⁴ Snodgrass 1971, pág. 299, «Since the principle of common ancestry was so strongly held, these populations movements were thought of as essentially internal affairs».

Hago especial hincapié en la noción de *continuum*: cf., por ejemplo, Schachermeyr 1967, pág. 308; Birchall y Crossland 1970; Bouzek 1970, pág. 173 ss.; López Eire 1978; Sandars 1978, pág. 94 ss.; Coles y Harding, 1979, pág. 388 ss.; Kirsten 1980; Godart 1983; Hiller 1983. Lévêque 1983 y Soesbergen 1981. Cf. ya Risch en *MH* 12, 1955 (= *Kl. Schriften*, pág. 221).

⁴⁵ Bartoněk 1970, pág. 307. Creo que, si se admite el modelo de nómadas o trashumantes presentado en § 7, no precisamos acudir a un número muy crecido de dorios y noroccidentales para considerarlos ocupantes de un territorio relativamente extenso, en contacto con el área micénica y en condiciones de mantenerse dentro de la unidad lingüística griega.

arcadio con sus vecinos dóricos o las del ático con el dórico de Mégara son fenómenos que, según Risch ⁴⁶,

bisogna spiegarli ammettendo considerevoli migrazioni, in seguito alle quali sono stati separati certi dialetti che, in precedenza, formavano un'area dialettale coerente. Così, certi idiomi appartenenti a gruppi differenti sono divenuti vicini.

Tras observar las diferencias entre el mapa micénico y el histórico, para éste concluye Hainsworth que

migration would certainly give rise to the dialect geography we observe. Moreover the internal divisions of Doric are late and appear have arisen *in situ*. Uniformity over a large area, such as early Doric would have displayed, is characteristic of immigrant languages ⁴⁷.

Concordamos con Hainsworth en que la migración no es la única hipótesis posible, pero insistimos en que las propuestas para sustituirla parecen menos convincentes, menos fundadas.

8.3. El argumento principal para negar la migración de los dorios y para suponer su presencia en el Peloponeso (y Creta) como «lower class» o «common people» de la sociedad micénica ha sido ver en la lengua de las tablillas rasgos dóricos o, mejor, protodóricos ⁴⁸.

A las «différences dialectales» que estudió Risch ⁴⁹ y llevaron a oponer micénico «normal» y «especial» se sumó el estudio por Nagy,

⁴⁶ Risch 1983, pág. 15. Tal vez pueda añadirse la escisión del ámbito locrio por la penetración de los focidios.

⁴⁷ Hainsworth 1982, pág. 858.

⁴⁸ Chadwick 1975, 1976(a), (b) y (c), 1981 y 1983; además, Hooker 1977, 1979 y 1980, con mayor insistencia en lo arqueológico e histórico que en lo lingüístico. Adhesiones a Chadwick y trabajos en la misma línea, López Eire 1978, Thomas 1978 y 1980, García Ramón 1979, Ruipérez 1979, Baumbach 1980.

Disienten de Chadwick: Risch 1979 y 1983, Soesbergen 1981 y 1983, Bartoněk 1987 (con vacilaciones, al igual que Negri 1986); Woodard 1986; Crossland 1983; Drews 1988. Dunkel 1981 no cita a Chadwick, pero el esquema de pág. 142 deja claro que no sigue sus tesis. Me he limitado a trabajos estrictamente lingüísticos.

⁴⁹ Risch 1965, con rectificaciones en Woodard 1986. Sin duda, lo primero que hay que hacer con esas diferencias es preguntarse si son realmente dialectales, calificación que pudiera ser un tanto precipitada y condicionante. Este juicio puede ampliarse a las diferencias que se añadieron a las estudiadas por Risch.

Chadwick y otros ⁵⁰ de otras diferencias y variantes. Lo especial, lo divergente del uso mayoritario, lo calificado como «substandard» ha sido interpretado como protodorismo y como variante social más que dialectal. Con palabras de Chadwick ⁵¹,

what I am now suggesting is that the inferior dialect, which he (Risch) termed «special Mycenaean», was in fact proto-Doric.

Pero hay que decir con toda convicción que ninguno de esos hechos es seguro o evidente como tal protodorismo. Para algunos de ellos hay inseguridad de interpretación por tratarse de material de filiación y etimología no seguras; para todos ellos hay explicaciones alternativas y preferibles a la de protodorismo: las alternativas, que pueden combinarse en algún caso como enfoques posibles de un mismo hecho, son que las variantes se expliquen como diferencias generacionales, diferencias de grafía al reflejar cambios recientes o en realización, alomorfismo del sistema, convivencia de formas evolucionadas regularmente con formas rehechas analógicamente o con formas que se han sustraído a la evolución, etc. Aun considerando que la diferencia sea dialectal o social, ninguna de las formas especiales o substandard es etiquetable segura y exclusivamente como protodórica y para alguna tal vez ni haya base para etiquetas dialectales. En conclusión, el griego micénico no es argumento contra la migración dórica: así lo expuse en 1977 ⁵² y tuve la satisfacción de que Risch, Soesbergen, etc., lo expusieran luego mucho mejor y en parte con argumentos que yo había utilizado. Me adhiero, pues, a Risch ⁵³:

Il miceneo speciale ... non ha alcun tratto dorico. Non riesco dunque a comprendere come si arrivi a pretendere che si tratti di una sorta di protodorico.

En este punto los argumentos de Chadwick son más insuficientes que errados.

8.4. Poner a los (proto)dorios como «lower class» de la sociedad micénica supone introducir en ésta una diglosia de difícil justificación.

⁵⁰ Nagy 1967, Durante 1967. Cf. Chadwick y Ruipérez en nota 48.

⁵¹ Chadwick 1976(a), pág. 113.

⁵² En «Los dorios: su migración y su dialecto», *Emerita* 45. Añádanse mis trabajos citados en nota 13.

⁵³ Risch en *Origini, Problemi aperti*, pág. 361. Además Risch 1979, pág. 103.

Crossland y Drews han hecho objeciones de orden sociolingüístico: destaco la de que en la sociedad micénica no parecen darse los factores que, a tenor de experiencias históricas, son precisos para que una diglosia tal se produzca y la de que no es fácil explicarse cómo la aristocracia micénica derrotada pudo tener número y fuerza para imponer y hacer continuar su lengua en Arcadia y en todo lo que será históricamente ámbito jónico-ático.

Tampoco se entiende bien que se atribuya a lo minoico innovaciones que caracterizan al micénico y demás dialectos meridionales —en concreto, **ti > si*, fundamental—, pero esas innovaciones falten en el habla de los dorios, a los que, si hubieran sido la clase baja micénica, habría que suponer en convivencia con la población minoica sometida a los señores micénicos ⁵⁴.

Quedan, en fin, otros puntos por discutir, y algunos que ni tal vez valga la pena discutir. Entre estos últimos, por ejemplo el de poner en duda la helenidad de los dorios porque las tradiciones callan sobre qué lengua hablaban y porque sus nombres tribales Ἰλλεῖς y Δυμῶνες parecen no ser griegos ⁵⁵.

⁵⁴ En Chadwick 1976(a), pág. 111 se nos dice «Is it therefore too bold to suggest that Mycenaean, as we know it from the tablets, is the product of the imposition of a Minoan superstrate on the earliest Greeks?». El superestrato minoico está constituido, sin duda, por funcionarios, artesanos, escribas, etc., y es muy verosímil su influjo sobre los griegos micénicos, aunque dudoso que afecte solamente a la clase alta. El problema es especialmente grave si ponemos a los dorios en Creta ya desde el s. xv, a no ser que documentemos —la hipótesis no basta— que en la sociedad minoica ya se daba una diglosia tal que los rasgos de la lengua de sus clases superiores o ilustradas no se daban en la de las clases inferiores convivientes con sus homólogas de lengua griega. En fin, el alambicamiento de la discusión se debe al que ya traen consigo las hipótesis que se discuten.

⁵⁵ Discusión sociolingüística en Crossland 1983, Drews 1988. Es de interés *Origini, Problemi aperti*, pág. 359 ss. y Risch 1979, pág. 102.

En Chadwick 1983 se mantiene la convivencia diglósica de micénico «normale» y micénico «sottonormale», «una specie di proto-dorico», pero los dorios históricos resultan ser helenizados y su conexión con los Heraclidas les permite no confesar su origen bárbaro y reivindicarlo griego.

El argumento de que los nombres tribales dóricos no sean griegos es irrelevante (cf. Soesbergen en *Origini*, pág. 365); es irrelevante e inesperable el argumento de que nada en la tradición confirma que los dorios de Heródoto I, 56 hablasen griego: la tradición calla, no niega ni confirma seguramente porque no necesitaba confirmar lo obvio: creo que el mito de Helen y sus hijos puede ser significativo de la helenidad de los dorios y que los griegos fueron desde antiguo muy atentos al criterio lingüístico para distinguir Ἕλλη-

Concluimos que el material documental y plausibles consideraciones sociolingüísticas no avalan, más bien niegan, la hipótesis de que los protodorios hayan dejado huella de su habla en las tablillas por haber sido la *lower class* micénica ya desde antes de c. 1200-1100. No hace falta que entren en juego Tradición Oral y Arqueología para que el dialectólogo pueda mantener el modelo migracionista tradicional como menos inseguro y más eficaz que los aspirantes a sustituirlo.

9. A grandes rasgos, esto es lo que deducimos como eje central de las cuestiones que hemos repasado:

9.1. En fecha o fechas X, pero siempre anteriores a c. 1400, desde X y a través de X se produce un proceso, singular o plural, de inmigración de gentes que traen a la Hélade el núcleo esencial y definido de la lengua griega. Habrá adiciones notables a ese núcleo y no se excluye que algunas vengan ya con él o en movimientos de población contemporáneos e incluso posteriores, pero tal vez el grueso de las adiciones ha de provenir de las lenguas, indoeuropeas o no, que la inmigración griega encuentra establecidas en la Hélade y domina y asimila.

9.2. No parece que haya argumento para negar la unidad y continuidad del espacio lingüístico griego tras el proceso inmigratorio. No se niega la migración dórica con pretender que los dorios habrían estado separados de los demás griegos y, por tanto, habrían diferenciado su lengua en forma y grado que la documentación no nos hace ver. La migración

vez de βάρβαροι; ante esta nueva hipótesis de Chadwick habrá que traer a colación Kirsten 1980, pág. 399; Hiller 1983, pág. 143; Dietrich 1987, pág. 480, etc.

Szemerényi 1982 ha hecho fundada crítica fonológica y morfológica de la etimología de Δωριεῖς como forma abreviada de *Δωρίμαχοι; con referencia expresa a las tesis de Chadwick y Hooker, nos propone nueva etimología: Δωριεύς sería una forma de *doris seuerior* derivada en última instancia de *Δόερος, «by-form» de *δόελος (> at. δοῦλος) 'esclavo, siervo'; serían, pues, esos *Δόεροι «subject population» y el derivado Δωριεῖς «might very well perpetuate this status». Sin entrar en algunos reparos formales a tan sugestiva construcción, habrá que decir que tal vez pierda fuerza probatoria precisamente porque ya parte de la suposición de que los dorios eran *lower class*.

Bankoff y Winter 1984, tras establecer relación entre la aparición de *Handmade Burnished Ware* en el Heládico Tardío IIC y los dorios, concluyen, pág. 29, que la lengua de los posibles *intruders* «was probably not the language of Mycenaean Greece nor need it have been the language of the classical Dorians. ... In the well-established tradition of minority immigrants, the northerners would have needed to learn a new language». Para la relación de la citada cerámica con los dorios cf. Deger-Jalkotzy 1980 (en especial, pág. 164, n. 24) y Schachermeyr 1980 y 1983.

de dorios y demás griegos occidentales no va más allá de ser una *Unterwanderung* o *Binnenwanderung* dentro del *continuum* griego ⁵⁶.

9.3. Axiomáticamente, el Griego Común prehistórico tiene diferencias dialectales, pero su unidad parece indiscutible, si reparamos en que los rasgos que en el conjunto indoeuropeo caracterizan en exclusiva o muy marcadamente a la lengua griega no están ausentes de ninguno de los dialectos que de ese Griego Común derivan ⁵⁷.

9.4. Tal vez ese Griego Común haya tenido algunas diferencias dialectales que ya no podemos conocer. Otras, acrecidas con las que se irán produciendo hasta c. 1200-1100, nos permiten oponer en la Edad del Bronce un Griego Septentrional a otro Meridional. Los reajustes de población que hemos considerado hacen que en fecha postmicénica la oposición se refleje mejor con Griego Occidental y Oriental. Tal vez sea la conservación de *ti* y su evolución a *si*, respectivamente, la piedra angular de la oposición ⁵⁸.

Del Griego Oriental o Meridional tenemos documentación parcial y difícil en las tablillas micénicas; el griego micénico no es «el» Griego Meridional, sino una de sus variantes. El Griego Meridional es raíz de los futuros grupos arcado-chipriota y jónico-ático. Si hay continuidad clara y directa del dialecto micénico con alguno posterior, es con arcadio y con chipriota. El Griego Septentrional es raíz de los futuros grupos dórico, noroccidental y eólico.

Pero además me atrevo a considerar que *si* < *ti* en el eólico de Lesbos no es un jonismo, sino algo que está en las raíces mismas del dialecto y desde fechas en que no tiene sentido hablar ni de lesbio ni de jónico. Por ése y por otros rasgos que no puedo presentar aquí y ahora, creo que el lésbico tiene raíces singulares, a caballo entre lo meridional y lo septentrional, participa de los rasgos que definen lo eólico y añade otros que nos lo presentan de nuevo en posición singular o en contacto con el jónico.

9.5. Entre c. 1200-1100 y los siglos x-ix la Hélade vive un período de depresión en todos los órdenes y con un reajuste notable de sus comu-

⁵⁶ Cf. Kirsten 1980, págs. 355 y 398 ss.

⁵⁷ Véase nota 11.

⁵⁸ La evolución de *ti* a *si* ya está documentada en Cnoso c. 1370. Para la importancia de este hecho cf. Hainsworth 1982, pág. 857. Obviamente, la innovación *si* puede definir un Griego Meridional u Oriental, pero la conservación de *ti* no tiene valor definitorio.

nidades por movimientos de población que son explicación cierta y necesaria, pero parcial, del mapa dialectal histórico.

9.6. Lo fundamental es que la depresión postmicénica —«Dark Age»— hace que la lengua entre, con terminología de Bartoněk, en fase de fuerte y rápida divergencia comarcal y local de la que se recuperará a partir del s. v, cuando todas las novedades políticas subsiguientes a las Guerras Médicas traerán una fase de convergencia de la que será guía el jónico-ático y que desembocará en la κοινή γλῶσσα helenística.

En la citada fase de divergencia se acumulan los hechos de innovación, conservación, arcaísmo y elección que ya nos autorizan a definir los grupos arcado-chipriota, jónico-ático, eólico, dórico y noroccidental ⁵⁹.

Grupos en los que puede verse que resultan insuficientes los nombres de las estirpes que ya los mismos griegos nos impusieron cuando limitaron el estudio de sus dialectos a los que habían tenido cultivo literario ⁶⁰. Hay algunas fronteras bien definidas entre algunos grupos o dialectos, pero lo normal es que, a pocos hechos que censemos, los grupos se nos fragmenten y tengamos afinidades entre dialectos de grupos distintos: bástenos con los ejemplos tópicos de la distribución del dativo llamado «eólico» en -εσσι, o de que en el grupo eólico el beocio pueda enfrentarse a tesalio y lesbio para concordar con su vecino ático, o de que el grupo dórico se escinde en *doris seuerior* y *doris mitior*, alineándose ésta con jónico-ático y dialectos noroccidentales. Por otra parte, la complejidad de la realidad tampoco respeta la unidad de los dialectos tal como los clasificamos y nombramos: el jónico, el tesalio, el cretense, el argólico, ... han de subdividirse territorialmente ⁶¹.

⁵⁹ Que el grueso de la diferenciación dialectal, en especial la local, es de fecha postmicénica es una opinión común que no necesita apoyo bibliográfico. Esquemas de agrupación dialectal e inventario de «Merkmale» en Panagl 1980 —que recoge los de otros autores—, Hainsworth 1982, pág. 860, Bartoněk; Buck, *Greek Dialects* sigue siendo el manual más cómodo para la definición de dialectos y filiación de hechos.

⁶⁰ Cf. Hainsworth, «Greek views of Greek Dialectology», *TPhS* 1967; Moralejo, Juan, «Los inicios de la Dialectología Griega», *RSEL* 12, 1982.

⁶¹ Hablar de dativo «eólico» es tradición cómoda que nos ejemplifica la insuficiencia de las etiquetas de estirpe para hechos concretos, aunque jónico, eólico y dórico son etiquetas válidas precisamente en cuanto significan que globalmente la *Dialektgliederung* sí tiene algo que ver con las estirpes como consecuencia de los movimientos de población postmicénicos que hemos revisado.

Sería llamativo que pudiera probarse que un grupo dialectal hubiese surgido del modo que sugiere Drews 1988, 223 para el eólico: tras referirse a «sackers of cities» (cf. hom.

A fin de cuentas, la vieja lección de que los dialectos no son formaciones fijas ni compartimentos estancos, sino resultado de abstracciones, simplificaciones y etiquetados que nos resultan útiles para entender y resumir una realidad que es maraña de isoglosas de hechos singulares, una realidad que también podríamos entender y resumir recurriendo a otras definiciones y agrupaciones. En todo caso, lo que es útil para un tiempo y para unos hechos determinados no puede absolutizarse para condicionar y distorsionar todos los tiempos y todos los hechos que hemos de considerar.

9.7. En líneas muy generales, jónico-ático y arcado-chipriota concuerdan en hechos antiguos, cualquiera que sea la naturaleza de éstos, y otro tanto les ocurre a eólico, dórico y hablas noroccidentales; son más bien recientes las concordancias por innovación o por elección del jónico-ático y el dórico, así como las divergencias del dórico con el griego noroccidental, con innovaciones del primero y conservadurismo del segundo; el enfrentamiento más claro es el de dórico y noroccidental con arcado-chipriota y creemos que continúa y confirma una situación prehistórica. Pero con la curiosidad de que el dialecto panfilio, del grupo arcado-chipriota, tenga quizá que explicarse como mixtura de rasgos septentrionales y meridionales, es decir, como posible resultado de mixtura de poblaciones en área que para unos habrá sido de expansión y para otros de refugio.

Por supuesto que hay hechos para cuya comprensión son superfluas o molestas las etiquetas de dialecto o de grupo: o son hechos comunes, con excepciones marginales, o son hechos que afectan a áreas amplias y abarcan grupos diversos, o son hechos locales, es decir, que no llegan a afectar a un grupo o a un dialecto enteros ⁶².

πολιπόρθος) que desde Tesalia atacan centros micénicos, nos apunta que «perhaps is not out of question to suppose that Aeolic arose from the cohabitation of North Greek raiders with South Greek wives, concubines, and slaves».

⁶² La cortedad de las etiquetas de estirpe se evidencia en que tengamos que hacer grupos con etiquetas geográficas o de otro tipo para abarcar, modificar y detallar la realidad y su ordenación; como «doris mitior» y «seuerior» y «dialecti pseudo-Aeolicae» ya están en Ahrens, 1839 y 1843, puede verse que la necesidad y el recurso ya son veteranos: de entonces a hoy se han creado «Nord-, Nordwest-, Ost-, Süd-griechisch» (o «-dialekte»), «Zentralgriechisch, Achäisch, Saronische Dialekte, Mainstream Greek, dialectos paramicénicos», etc.

Y hasta aquí lo que espero que no haya irritado excesivamente a los helenistas, pero haya informado aceptablemente a los que no lo son.

JUAN J. MORALEJO

Departamento de Latín y Griego
Universidad de Santiago (España)

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía es inevitablemente lagunosa. Es intencionadamente selectiva: me he fijado 1960 como límite y me he atenido a los títulos que en ella presento, salvo necesidad ocasional de contar con algunos otros. Obviamente, esta ponencia presupone otros muchos títulos que no he considerado necesario citar expresamente.

En consonancia con la intención inicial de revisar conocimientos e hipótesis, he ordenado cronológicamente la bibliografía. Para actas y memorias de congresos, coloquios, etc., me he atenido siempre a la fecha de dichos congresos, etc., y no a la de edición de sus actas, etc.

NOTA IMPORTANTE: para todas las remisiones bibliográficas que afecten a temas de revisión de la migración dórica téngase siempre por hecha, aunque no esté expresa, la cita de los autores más significados por poner en tela de juicio dicha migración: Chadwick 1975, 1976, 1981, 1983; Hooker 1977, 1979, 1980; Baumbach 1980; Thomas 1978 y 1980.

A) COLECTIVOS

- Acta Athens* *Acta 2nd International Colloquium on Aegean Prehistory*. Athens 1972.
- ÄgBr.* *Ägäische Bronzezeit*, Darmstadt, ed. H.-G. Buchholz, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1987.
- Atti Roma* *Atti e Memorie del 1.º Congresso Internazionale di Micenologia* (1967), Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1968.
- BAMA* *Bronze Age Migrations in the Aegean*, edd. Crossland y Birchall, Londres, Duckworth, 1970.
- CAH* *Cambridge Ancient History*.
- EEBAA* *The End of the Early Bronze Age in the Aegean* (1979), ed. Cadogan, Leiden, E. J. Brill, 1986.

- Origini* *Le origini dei Greci. Dori e mondo egeo* (1983). (Coloquio internacional *Dori e mondo egeo: i termini della questione dorica*, Roma). Ed. Musti, Roma-Bari, Editori Laterza, 1985.
- Res Myc.* *Res Mycenaeae. Akten des VII. Internationalen Mykenologischen Colloquiums in Nürnberg, 6-10 april 1981*. Ed. Heubeck y Neumann, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1983.
- Zwettl* *Griechenland, die Ägais und die Levante während der 'Dark Ages' vom 12. bis zum 9. Jh. v. Chr. Akten des Symposiums von Stift Zwettl (NÖ) 11.-14. Oktober 1980. (= SAAW 418)*. Ed. Deger. Jalkotzy, Viena, Akademie Verlag, 1983.

B) ÍNDICE CRONOLÓGICO

- 1960
Dow «The Greeks in the Bronze Age», págs. 1-34 de *XIe. Congrès International des Sciences Historiques*, Estocolmo (= págs. 140-173 de *Language and Background of Homer*, ed. Kirk, Heffer and Sons Ltd., Cambridge 1964).
- 1961
Starr *The Origins of Greek Civilization, 1100-650 B.C.* Knopf, Nueva York, 1961. Trad. *Le origini della civiltà greca*, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1964.
- 1963
Risch «Il problema dell'unità linguistica greca», págs. 91-109 de *LE PROTOLINGUE. Atti del IV Convegno Internazionale di Linguisti (2-6 settembre 1963)*, Sodalizio Glottologico Milanese, 1965. (= *Kleine Schriften*, págs. 236-254).
- Stubblings «The Rise of Mycenaean Civilization», cap. XIV de *CAH II*.
- 1964
Desborough *The Last Mycenaeans and their Successors*, Oxford, Clarendon Press, 1964.
- Vermeule *Greece in the Bronze Age*, Chicago, The University of Chicago Press, 1964. Trad. de Villegas, *Grecia en la Edad del Bronce*, México, FCE, 1971.
- Zafiropulo *Histoire de la Grèce à l'âge de bronze*, París, Société d'édition 'Les Belles Lettres', 1964.

1965

- Risch «Les différences dialectales dans le mycénien», *Proceedings of the Cambridge Colloquium on Mycenaean Studies (7th-12th April 1965)*, Cambridge, University Press, 1966, págs. 150-157 (= *Kleine Schriften*, págs. 451-8).

1966

- Carpenter *Discontinuity in Greek Civilization*, Cambridge, University Press, 1966.
- Kiechle «Die Ausprägung der Sage von der Rückkehr der Herakliden. Ein Beitrag zur Bestimmung des ethnischen Standorts der Messenier», *Helicon* 6, págs. 493-517.
- Conte «Riesame delle origini elleniche in Erodoto», *Atti Roma*, págs. 1211-8.
- Desborough «History and Archaeology in the Last Century of the Mycenaean Age», *Atti Roma*, págs. 1073-93.
- Durante «Vicende linguistiche della Grecia tra l'età micenea e il medioevo ellenico», *Atti Roma*, págs. 744-63.
- Nagy «On dialectal anomalies in Pylian Texts», *Atti Roma*, págs. 663-79.
- Schachermeyr ... «Zum Problem der griechischen Einwanderung», *Atti Roma*, págs. 297-317.

1970

- Bartoněk «The place of the Dorians in the Late Helladic world», *BAMA*, págs. 305-11.
- Birchall/Crossland. «Retrospect and Prospects», *BAMA*, págs. 323-47.
- Bouzek «Bronze Age Greece and the Balkans: problems of migrations», *BAMA*, págs. 169-77.
- Chadwick «The Prehistory of the Greek Language», cap. XXXIX(a) de *CAH* II, 2.
- Cook «Greek Settlement in the Eastern Aegean and Asia Minor», cap. XXXVIII de *CAH* II, 2.
- Crossland «Linguistics and Archaeology in Aegean Prehistory», *BAMA*, págs. 5-15.
- Evans, J. D. «The archaeological evidence and its interpretation: some suggested approaches to the problems of the Aegean Bronze Age», *BAMA*, págs. 18-25.
- Finley *Early Greece: the Bronze and Archaic Ages*, Londres, Chatto and Windus, 1970, Trad. de Maunás, *Grecia Primitiva: La Edad de Bronce y la Era Arcaica*, Buenos Aires, Eudeba, 1974.

- French «Migration and 'Minyan' pottery in western Anatolia and the Aegean», *BAMA*, págs. 51-7.
- Georgiev «The arrival of the Greeks in Greece: the linguistic evidence», *BAMA*, págs. 243-57.
- Gimbutas «The destruction of Aegean and East Mediterranean urban civilization around 2300 B.C.», *BAMA*, págs. 129-39.
- Hammond «Grave Circles in Albania and Macedonia», *BAMA*, págs. 189-97.
- Howell «The origins of the Middle Helladic culture», *BAMA*, págs. 73-106.
- Marinatos «The first 'Mycenaeans' in Greece», *BAMA*, págs. 107-13.
- Snodgrass «Metal-work as evidence for immigration in the Late Bronze Age», *BAMA*, págs. 209-14.
- Sourvinou-Inwood. «Movements of population in Attica at the end of the Mycenaean period», *BAMA*, págs. 215-25.
- Renfrew «Problems in the general correlation of archaeological and linguistic strata in prehistoric Greece: the model of autochthonous origin», *BAMA*, págs. 263-79.
- Stubblings «The Recesion of Mycenaean Civilization», cap. XXVII de *CAH* II, 2.
- Tegyey «Messenia and the catastrophe at the end of Late Helladic IIIB», *BAMA*, págs. 227-33.
- Tritsch «The 'sackers of cities' and the 'movement of populations'», *BAMA*, págs. 233-9.
- Wyatt «The Prehistory of the Greek Dialects», *TAPhA* 101, págs. 557-632.
- VV. AA. «Final Discussion: Migration in explanation of culture change», *BAMA*, págs. 315-9.
- 1971
- Bartoněk «Greek Dialects in the Second Millennium B.C.», *Eirene* IX, págs. 49-67.
- López Eire «Las migraciones griegas a la luz de la Dialectología», *Zephyrus* 21-22, págs. 289-98.
- Snodgrass *The Dark Age of Greece*, Edimburgo, University Press, 1971.
- 1972
- Bouzek «Aegean Relations with Europe during the Neolithic and Early Bronze Ages», *Acta Athens*, págs. 138-41.
- Desborough «The End of Mycenaean Civilization and the Dark Age. A) The Archaeological Background», cap. XXXVI de *CAH* II, 2.

- Garašanin «Les premières vagues indoeuropéennes en Grèce et dans les Balkans», *Acta Athens*, págs. 175-9.
- Hammond (a) ... «The coming of the Indo-Europeans to the Southwestern Balkans», *Acta Athens*, págs. 104-12.
- Hammond (b) ... «The End of Mycenaean Civilization and the Dark Age. B) The Literary Tradition for the Migrations», cap. XXXVI de *CAH II*, 2.
- Hood «Arguments for the Arrival of the First Non-Dorian Greeks in Southern Greece a. 1200 B.C.», *Acta Athens*, págs. 62-71.
- López Eire «En busca de la situación dialectal del jónico-ático», *Simpósio de Colonizaciones* (Barcelona-Ampurias 1972), 1974, págs. 247-78.
- Macqueen «The first arrival of Indo-European elements in Greece. Some observations from Anatolia», *Acta Athens*, págs. 142-5.
- Marinatos «Prehellenic and Protohellenic discoveries at Marathon», *Acta Athens*, págs. 184-90.
- Mylonas «Burial customs of the Middle and Late Bronze Ages», *Acta Athens*, págs. 113-4.
- Schachermeyr ... «Vor-indo-europäische Substrate und Indo-Europäische Zuwanderungen in der griechisch-anatolischen Frühzeit», *Acta Athens*, págs. 10-4.
- Syriopoulos «The homeric 'windy Enispe' and the first invasion of indoeuropeans into Greece», *Acta Athens*, págs. 129-37.
- Wyatt «Greek Dialectology and Greek Prehistory», *Acta Athens*, págs. 18-22.
- 1973
- Caskey «Greece and the Aegean Islands in the Middle Bronze Age», cap. IV (a) de *CAH II*, 1.
- Gimbutas «The Beginning of the Bronze Age and the Indo-Europeans: 3500-2500 B.C.», *JIES* 1, 2, págs. 163-214.
- Hammond *Studies in Greek History*, Oxford, Clarendon Press, 1973.
- Wyatt «The Aeolic Substrate in the Peloponnese», *AJPh* 94, págs. 37-46.
- 1974
- Birnbaum «Pre-Greek Indo-Europeans in the Southern Balkans and the Aegean», *JIES* 2, 4, págs. 361-83.
- Schnapp «Les 'siècles obscurs' de la Grèce», *Annales* XXIX, 6.
- 1975
- Chadwick «The Mycenaean Dorians» (Mycenaean Seminar, 29-X-75), *BICS* 23, págs. 115-6.

- García Ramón .. «Eleo φυγαδεσει y el problema del elemento eolio en el Peloponeso», *CFC* 8, págs. 277-84.
- Risch «Les consonnes palatalisées dans le grec du IIe. millénaire et dans les premiers siècles du Ier. millénaire», *Colloquium Mycenaeanum. Actes du sixième colloque international sur les textes mycéniens et égéens (Chaumont sur Neuchâtel, 7-13 septembre 1975)*, Neuchâtel 1979, págs. 267-81 (= *Kleine Schriften*, págs. 549-59).
- Rubinsohn «The Dorian Invasion again», *PP*, 161, págs. 105-31.
- 1976
- Adrados (a) «Micénico, dialectos paramicénicos y aqueo épico», *Emerita* 44, págs. 65-113.
- Adrados (b) «La creación de los dialectos griegos del primer milenio», *Emerita* 44, págs. 245-78.
(Ambos estudios recogidos en *Nuevos estudios de Lingüística Indoeuropea*, Madrid, CSIC, 1988).
- Betancourt «The end of the Greek Bronze Age», *Antiquity* 50, págs. 40-7.
- Chadwick (a) «Who were the Dorians?», *PP* 166, págs. 103-17.
- Chadwick (b) ... «Der Beitrag der Sprachwissenschaft zur Rekonstruktion der griechischen Frühgeschichte», *AAWW* 113, 6, págs. 183-204.
- Chadwick (c) *The Mycenaean World*, Cambridge, University Press, 1976. Trad. de Melena, *El mundo micénico*, Madrid, Alianza Editorial, 1977.
- Hammond *Migrations and Invasions in Greece and Adjacent Areas*, Park Ridge (Nueva Jersey), Noyes Press, 1976.
- López Eire «Problemática actual de la Dialectología Griega», *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos* (1976), Madrid, SEEC, 1978, págs. 457-79.
- Panagl «Die mykenische Sprache», cap. VIII de Hiller / Panagl, *Die frühgriechischen Texte aus mykenischer Zeit*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- Weiler *Griechische Geschichte. Einführung, Quellenkunde, Bibliographie*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- 1977
- Alin «Mycenaean Decline - Some Problems and Thoughts», *Greece and the Eastern Mediterranean in ancient History and Prehistory. Studies presentes to Fritz Schachermeyr*, Berlín, Walter de Gruyter, 1977, págs. 31-9.
- Deger-Jalkotzy .. *Fremde Zuwanderer im Spätmykenischen Griechenland*, *SAAW* 326, Viena, 1977.

- Hooker *Mycenaean Greece*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1977.
- López Eire «Nuevas perspectivas metodológicas en Dialectología Griega», *Helmantica* 28, 85-87, págs. 315-29.
- Willetts *The Civilization of Ancient Crete*, Londres, B. T. Batsford Ltd., 1977.

1978

- Bengtson *Griechische Geschichte. Von den Anfängen bis in die römische Kaiserzeit*. Munich, C. H. Beck 1978, 5.^a ed. Trad. de Calonge, *Historia de Grecia. Desde los comienzos hasta la época imperial romana*, Madrid, Gredos, 1986.
- Greenhalgh «How are the mighty fallen?», *Acta Classica* 21, págs. 1-38.
- López Eire «El Retorno de los Heraclidas», *Zephyrus* 28/29, págs. 287-97.
- Thomas «A Dorian Invasion? The Early Literary Evidence», *SMEA* 19, págs. 77-87.
- Sandars *The Sea Peoples*, Londres, Thames and Hudson Ltd., 1978.

1979

- Ball «Some observations on the use of evidence in Dr. P. A. L. Greenhalgh's article 'How are the mighty fallen?'», *Acta Classica* 22, págs. 131-44.
- Bartoněk «Greek Dialects between 1000 and 300 B.C.», *SMEA* 20, págs. 113-30.
- Buck, R. J. *A History of Boeotia*, Edmonton, The University of Alberta Press, 1979.
- Caskey «Did the Early Bronze Age End?», *EEBAA*, págs. 9-30.
- Coles / Harding . *The Bronze Age in Europe*, Londres, Methuen and C. Ltd., 1979.
- Cartledge *Sparta and Lakonia. A Regional History 1300-362 B.C.*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1979.
- García Ramón .. «Mycénien et Éolien», *Actes du VIIe. Congrès de la Fédération Internationale des Associations d'Etudes Classiques* (Budapest 1979), 1984, págs. 485-9.
- Hood «Evidence for Invasions», *EEBAA*, págs. 31-68.
- Hooker «New Reflexions on the Dorian Invasion», *Klio* 61, págs. 353-60.
- Morpurgo «The Linguistic Evidence: is there any?», *EEBAA*, págs. 93-123.
- Risch «Die griechischen Dialekte im 2. vorchristlichen Jahrtausend», *SMEA* 20, págs. 91-111 (= *Kleine Schriften*, págs. 269-89).

- Royen, van / Isaac. *The Arrival of the Greeks. The Evidence from the Settlements*, Amsterdam, B. R. Grüner, 1979.
- Ruipérez «The Mycenaean Dialects», *Actes du VIIe. Congrès de la Fédération Internationale des Associations d'Etudes Classiques* (Budapest 1979), 1984, págs. 461-7.
- Sakellariou «Who were the Immigrants?», *EEBAA*, págs. 125-37.
- 1980
- Akurgal «Das Dunkle Zeitalter Kleinasiens», *ZWETTL*, págs. 67-78.
- Baumbach «A Doric fifth column?», *Acta Classica* 23, págs. 1-12.
- Bouzek «Der Vardar- und Morava-Bereich in seinem Verhältnis zu Griechenland zwischen 1200 und 900 v.u.Z.», *ZWETTL*, págs. 271-83.
- Craik *The Dorian Aegean*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1980.
- Deger-Jalkotzy .. «Das Problem der 'Handmade Burnished Ware'», *ZWETTL*, págs. 161-78.
- Dobesch «Historische Fragestellungen in der Urgeschichte», *ZWETTL*, págs. 179-239.
- Gamkrelidze /
Ivanov (a) «The Ancient Near East and the Indo-European Question: Temporal and Territorial Characteristics of Proto-Indo-European based on Linguistic and Historico-Cultural Data», *JIES* 13, págs. 3-48 (Original ruso, 1980).
- Gamkrelidze /
Ivanov (b) «The Migration of Tribes Speaking Indo-European Dialects from their Original Homeland in the Near East to their Historical Habitations in Eurasia», *JIES* 13, págs. 49-91 (Original ruso, 1981).
- Hooker *The Ancient Spartans*, Londres, J. M. Dent and Sons Ltd., 1980.
- Kirsten «Gebirghirtentum und Sesshaftigkeit - Die Bedeutung der Dark Ages für die griechische Staatenwelt: Doris und Sparta», *ZWETTL*, págs. 355-445.
- Lehmann, G. A. «Zum Auftreten von 'Seevölker'-Gruppen im östlichen Mittelmeerraum - eine Zwischenbilanz», *ZWETTL*, págs. 79-97.
- Murray, O. *Early Greece*, Sussex, The Harvester Press, 1980. Trad. de Sayas, *Grecia Arcaica*, Madrid, Ed. Taurus, 1983, 2.^a ed.
- Panagl «Die linguistische Landkarte Griechenlands während der Dunklen Jahrhunderte», *ZWETTL*, págs. 321-53.
- Schachermeyr ... «Die Zeit der Wanderung im Spiegel ihrer Keramik», *ZWETTL*, págs. 241-58.

Thomas «The Celts: a Model for the Dorian Invasions?», *SMEA* 21, págs. 303-8.

1981

Baumbach «An Examination of the Evidence for a State of Emergency at Pylos c. 1200 B.C. from the Linear B Tablets», *Res Myc.*, págs. 28-40.

Brillante *La leggenda eroica e la civiltà micenea*, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1981.

Chadwick «Traditional Spelling or Two Dialects?», *Res Myc.*, págs. 78-88.

Clark *World Prehistory in New Perspective*, Cambridge, University Press, 1977, 3.^a ed. Trad. de Santos Fontenla, *La Prehistoria*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.

Dunkel «Mycenaean and Central Greek», *Kadmos* 20, págs. 132-42.

Soesbergen «The Coming of the Dorians», *Kadmos* 20, págs. 38-51.

1982

D'iakonov «On the Original Home of the Speakers of Indo-European», *JIES* 13, págs. 92-174 (Original ruso, 1982).

Hainsworth «The Greek Language and the Historical Dialects», cap. 20d de *CAH* III, 1.

Szemerényi «The Origin of the Name of the Dorians», *Glossologia* 1, págs. 73-82.

1983

Chadwick «I Dori e la creazione dei dialetti greci», *Origini*, págs. 3-12.

Crossland «La tradizione greca sulla migrazione dorica», *Origini*, págs. 335-40.

Effenterre «Il problema delle istituzioni doriche», *Origini*, págs. 293-312.

Godart «La caduta dei regni micenei a Creta e l'invasione dorica», *Origini*, págs. 173-200.

Hiller «È esistita una cultura dorica nella Tarda Età del Bronzo? Il problema delle testimonianze archeologiche», *Origini*, págs. 135-68.

Kilian «La caduta dei palazzi micenei continentali: aspetti archeologici», *Origini*, págs. 73-115.

Lévêque «I dori e la religione delle Età Buie», *Origini*, págs. 259-76.

Mossé «Dori o Spartiati? L'immagine dei Dori negli scrittori dell'epoca classica», *Origini*, págs. 313-20.

Musti (a) «Introduzione», *Origini*, págs. VII-XXV.

- Musti (b) «Continuità e discontinuità tra Achei e Dori nelle tradizioni storiche», *Origini*, págs. 37-71.
- Piérart «Le tradizione epiche e il loro rapporto con la questione dorica: Argo e l'Argolide», *Origini*, págs. 277-92.
- Risch «La posizione del dialetto dorico», *Origini*, págs. 13-35.
- Schachermeyr ... *Die griechische Rückerinnerung im Lichte neuer Forschungen. SAAW, PH-H Klasse*, 104, Viena, Verlag der ÖAW, 1983.
- Soesbergen «Il valore fonetico dei segni micenei per -z- ai fini della questione dorica», *Origini*, págs. 323-7.
- 1984
- Adrados «La dialectología griega» en *Actualización Científica en Filología Griega*, ed. A. Martínez, Madrid, ICEUM, 1984, págs. 219-237.
- Bankoff / Winter. «Northern intruders in LH IIIC Greece. A view from the North», *JIES* 12, 1984, págs. 1-30.
- Champion et al. . *Prehistoric Europe*, Londres, Academic Press Inc., 1984, Trad. de Picazo, *Prehistòria de Europa*, Barcelona, Crítica, 1988.
- 1985
- Gimbutas «Primary and Secondary Homeland of the Indo-Europeans: Comments on the Gamkrelidze - Ivanov Articles», *JIES* 13, págs. 185-202.
- 1986
- Ciafaloni «Riflessioni micenee. II. Aspetti archeologici», *Acme* 39, págs. 12-24.
- Negri «Riflessioni micenee. I. Aspetti linguistici», *Acme* 39, págs. 5-11.
- Rouse *Migrations in Prehistory*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1986.
- Woodard «Dialectal Differences at Knossos», *Kadmos* 25, págs. 49-74.
- 1987
- Bartoněk «On the Prehistory of Ancient Greek», *SMEA* 26, págs. 7-20.
- Dietrich «Die Kontinuität der Religion in 'Dunklen Zeitalter' Griechenland», *ÄgBr*, págs. 478-98.
- Papadopoulos ... «Zum Stand der Bronzezeitforschung in Epeiros», *ÄgBr*, págs. 359-378.

- Renfrew *Archaeology and Language. The Puzzle of Indo-European Origins*, Nueva York, Cambridge University Press, 1987.
- Schachermeyr ... «Kreta und Mykene, ein Vergleich ihres Kulturcharakters», *ÄgBr*, págs. 379-87.
- 1988
- Drews *The Coming of the Greeks*, Princeton, University Press, 1988.